

en la benevolencia y en la prudencia al mismo tiempo. Los Incas adoptaban la política atribuida á los romanos, que, segun uno de sus historiadores, ganaban mas por su clemencia con los vencidos que por sus victorias (1).

Con el mismo espíritu de prudente benevolencia, tenían el mayor cuidado en que nada faltase para la seguridad y bienestar de sus propios soldados; y cuando se dilataba mucho una guerra, ó cuando el clima era mortífero, cuidaban de relevar á menudo á su gente por medio de refuerzos, permitiendo á los mas antiguos en el servicio que volviesen á sus casas (2). Pero al paso que así economizaban la vida tanto de

los suyos como del enemigo, no vacilaban en adoptar medidas mas severas cuando á ello los estimulaba el carácter feroz ó tenaz de la resistencia; y los anales peruanos contienen mas de una de aquellas sangrientas páginas que no podemos leer en la época actual sin estremecernos. Conviene añadir que esta benéfica política que acabamos de delinear como característica de los Incas, no perteneció á todos ellos; y que reinó mas de un soberano que hizo alarde de ese espíritu osado y poco escrupuloso que corresponde al conquistador vulgar.

La primera medida que adoptaba el gobierno despues de consumada la conquista de un país, era in-



Soldado peruano. — El Llama, rumiante del género de los camellos.

troducir en él el culto del Sol. Edificábanse templos y se confiaban al cuidado de un clero numeroso que esplicaba al pueblo conquistado los misterios de su nueva fé, deslumbrándolos con su espléndido y pomposo ceremonial (3). Sin embargo, no destruian ni trataban con falta de respeto la religion de los conquistados. Era preciso adorar al Sol sobre todas las cosas; pero las imágenes de sus dioses se trasportaban al

(1) «Plus pene parcendo victis, quam vicendo imperium auxisse.» Tito Livio, lib. XXX, cap. XLII.

(2) Garcilasso, Com. Real, part I, lib. IV, cap. XVIII.

(3) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XIV.

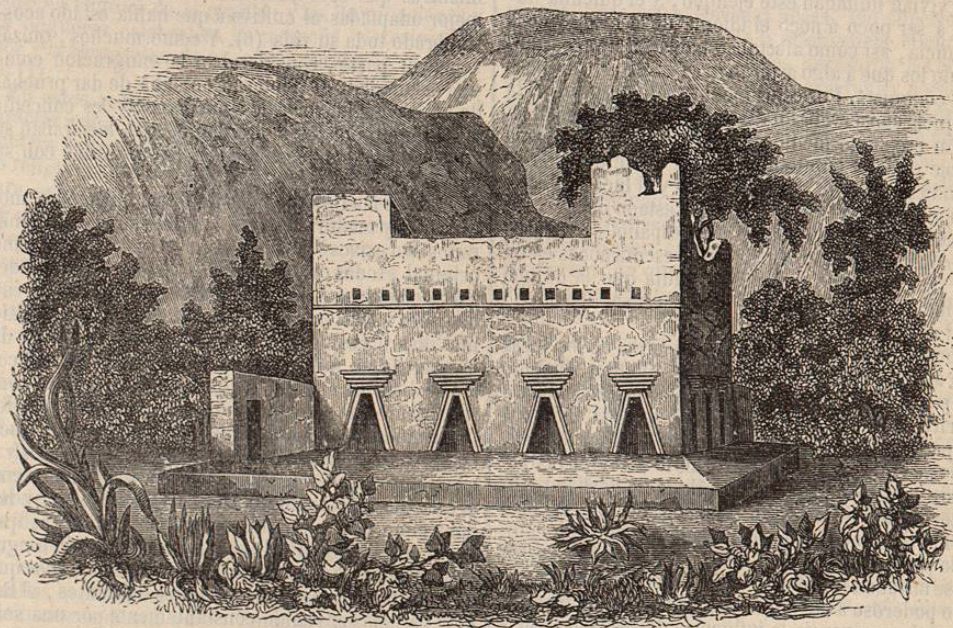
Cuzco y se colocaban en uno de los templos, para que ocupasen su puesto entre las divinidades subalternas del panteon peruano. Aquí permanecian en cierto modo como rehenes de la nacion conquistada, la que se suponía que estaria menos inclinada á sacudir el yugo de su nuevo soberano sabiendo que al hacerlo tenia que dejar á sus dioses en manos de sus enemigos (4).

Los Incas echaban las bases de la buena administracion de sus nuevas conquistas mandando que se hi-

(4) Acosta, lib. V, cap. XII.—Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XII.

ciere un censo de la poblacion, y que se examinase cuidadosamente el país, para saber cuáles eran sus productos y la clase y la capacidad de su suelo (1). Hacia en seguida una division del territorio siguiendo los mismos principios que se adoptaban en el resto de la monarquía, y señalábanse sus respectivas partes al Sol, al soberano y al pueblo. La estension de esta última se calculaba por el número de la poblacion, pero la parte de cada individuo era constantemente la misma. Parecerá extraño que un pueblo se sometiese con paciencia á un arreglo que envolvía la

abolición completa de la propiedad; pero la que se sometía á ello era una nacion conquistada, temerosa de sus conquistadores, y que á la menor sospecha de que intentase sublevarse se la ocupaba con guarniciones armadas establecidas en diferentes puntos fuertes en toda la estension del país (2). Es probable tambien que los Incas no hiciesen mas cambios que los esenciales al nuevo arreglo, y que en todo lo posible adjudicasen las tierras á sus antiguos poseedores. Se confirmaba, ademas de esto, la anterior autoridad de los curacas; ó bien cuando se juzgaba necesario



Ruinas de un Templo de los Incas, en la isla de Titicaca.

deponer al curaca reinante, se permitía que le sucediese su heredero legítimo (3). Acatábanse respetuosamente todas las antiguas costumbres y leyes del país, en cuanto era compatible con las instituciones fundamentales de los Incas. Tambien debe tenerse en cuenta que muchas de las tribus conquistadas tenían una civilizacion demasiado escasa para que pudiesen sentir ese amor al suelo que corresponde á un órden social avanzado (4). Pero, sea cual fuere la causa, parece probable que las extraordinarias instituciones de los Incas fueron establecidas con poca oposicion por parte de los territorios conquistados (5).

Sin embargo, los soberanos del Perú no confiaban enteramente en estas esterioridades de obediencia de sus nuevos súbditos; y para asegurarla de una manera mas efectiva adoptaban medidas demasiado notables para que no nos hagamos cargo de ellas. Inmediatamente despues de verificada una nueva conquista, se llevaban por algun tiempo á los curacas y á sus

familias al Cuzco. Allí aprendian el idioma de la capital, se familiarizaban con los usos y costumbres de la corte y con la política general del gobierno; y eran objeto de señaladas muestras de favor por parte del soberano, bien calculadas para halagar sus sentimientos y para fomentar en ellos un ardiente amor á su persona. Bajo la influencia de estos sentimientos, se les volvia á enviar á regir á sus vasallos, pero dejando aun á sus hijos mayores en la capital, tanto para que sirviesen de garantía de la fidelidad de sus padres, como para que aumentasen el esplendor de la corte del Inca (6).

Otra de sus medidas era mas atrevida y de carácter mas original. Esta consistía nada menos que en abolir el idioma del país. En la América del Sur, como en la del Norte, existía una infinita variedad de dialectos, ó mas bien idiomas, que tenían pocas afinidades unos con otros. Esta circunstancia causaba grandes inco-

(1) Ibid., part I, lib. V, cap. XIII—XIV.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. XV.

(2) Sarmiento, Relacion, MS., cap. XXI.

(3) Fernandez, Hist. del Perú, parte II, lib. III, cap. XI.

(4) Sarmiento nos ha dado noticias muy completas y muy interesantes sobre la política singularmente humana que observaban los Incas en sus conquistas, y que ofrece un notable contraste con la de esos azotes de la humanidad, á quienes la humanidad recompensa prodigándoles mas admiracion que á sus bienhechores. Como es de mucha importancia el testimonio de un hombre como Sarmiento que era presidente del

Consejo de Indias, y como su obra, sepultada en un rincón oscuro del Escorial, apenas es conocida, he reproducido todo el capítulo en el Apéndice núm. 2.

(5) Segun Velasco, hasta el poderoso estado de Quito, bastante adelantado en su civilizacion para tener una ley de propiedad que entendía bien el pueblo, admitió las instituciones de los Incas, «no solamente sin repugnancia, sino con alegría.» (Hist. de Quito, tom. II, p. 185.) Pero Velasco, escritor moderno, creía fácilmente ó contaba con la credulidad de sus lectores.

(6) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. V, cap. XII: libro VII, cap. II.

modidades al gobierno en la administración de las diferentes provincias cuyos idiomas ignoraba. Resolvióse, por tanto, sustituirles un idioma universal, el *Quichua*, el idioma de la corte, de la capital y del territorio adyacente, el mas rico y mas completo de los idiomas americanos. Enviábanse maestros á todas las ciudades y pueblos del país, para que instruyesen á todos, hasta á los de las clases mas humildes; y se les hacia saber al mismo tiempo que ninguno podria obtener empleos de dignidad ó provecho si no sabia hablar esta lengua. Los curacas y otros gefes que iban á residir á la capital, se familiarizaban con el dialecto en sus relaciones con la corte, y al volver á su país daban el ejemplo de hablarlo entre sí. Los que con ellos vivian imitaban este ejemplo, y el quichua llegaba á ser poco á poco el idioma de la moda y de la elegancia, así como afectaban hablar el frances normando los que á algo aspiraban en Inglaterra despues de la conquista. Por estos medios, mientras que cada provincia conservaba su dialecto peculiar, se establecia un excelente medio de comunicacion que hacia posible que los habitantes de una parte del país se entendiesen con los de las demas, y el Inca y sus representantes con todos. Tal era el estado de las cosas en esta parte cuando llegaron los españoles. Es preciso confesar que la historia nos presenta pocos ejemplos de una autoridad mas absoluta que la de una revolucion en el idioma de un imperio al disponerlo así el amo (1).

Poco menos notable era otro recurso de los Incas para afianzar la obediencia de sus súbditos. Cuando una parte de las recientes conquistas manifestaba un espíritu tenaz de oposicion y ódio, se solia obligar á una parte de la poblacion, por ejemplo á diez mil personas, á emigrar á un punto remoto del reino ocupado por vasallos de probada é indudable fidelidad. Un número igual de estos se trasplantaba al territorio que habian evacuado los emigrados; y por este cambio la poblacion se componia de dos distintas razas, que se miraban una á otra con un recelo que servia de freno poderoso á cualquier tendencia revolucionaria. Con el tiempo vencia la influencia de los leales, sostenidos, como lo estaban, por la autoridad real, y por la operacion silenciosa y lenta de las instituciones nacionales á que las razas estrañas se acostumbraban poco á poco. Poco á poco tambien empezaban á amar á su soberano, y antes que hubiese desaparecido una generacion, las diferentes tribus se mezclaban pacíficamente como individuos de la misma nacion (2). Sin embargo, seguian distinguiéndose las diversas razas por la diferencia del traje; ya que una ley del país mandaba á todo ciudadano que usase el traje de su provincia (3). Ni podia el colono, trasplantado con tan poca ceremonia, volver al distrito en que nació; porque en virtud de otra ley estaba mandado que nadie cambiase de punto de residencia sin permiso (4). Quedaba establecido para toda su vida. El gobierno peruano señalaba á cada hombre el lugar en

(1) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. VI, cap. XXXV; lib. VII, cap. I.—Ondegardo, Rel. seg., MS.—Sarmiento, Relacion, MS., cap. LV.

«Aun la criatura no hubiese dejado el pecho de su madre cuando le comenzasen á mostrar la lengua que habia de saber; y aunque al principio fue dificultoso, é muchos se pusieron en no querer deprender mas lenguas que las suyas propias, los reyes pudieron tanto que salieron con su intencion, y ellos tuvieron por bien de cumplir su mandado, y tan de veras se entendió en ello que en tiempo de pocos años se savia y usaba una lengua en mas de mil y doscientas leguas.» Ibid., capitulo XXI.

(2) Ondegardo, Rel. prim., MS.—Fernández, Hist. del Perú, parte II, lib. III, cap. XI.

(3) Segun el padre Acosta, los Incas creian que esta ley era de la mayor importancia para el órden y buen gobierno de la monarquia. Lib. VI, cap. XVI.

(4) Conq. y Pob. del Pirú, MS.

que habia de residir, la esfera de su accion, y hasta la naturaleza y calidad de esa accion misma. Dejaba de ser un agente libre; casi se podia decir que se le relevaba de toda responsabilidad personal.

Al aplicar este extraordinario sistema, los Incas cuidaban del bienestar y de la comodidad del colono en cuanto era compatible con la ejecucion de sus designios. Mandaban que los *mitimaes*, como llamaban á estos colonos, fuesen trasportados á los climas mas análogos al del lugar de su nacimiento. No se habia de llevar á los habitantes de países frios á las regiones cálidas ni *vice-versa* (5). Hasta se consultaban sus habituales ocupaciones, y se llevaba al pescador á las playas del Océano ó á las orillas de los grandes lagos; mientras que se adjudicaban al labrador las tierras mejor adaptadas al cultivo á que habia estado acostumbrado toda su vida (6). Y como muchos, quizás la mayor parte, consideraban la emigracion como una calamidad, el gobierno cuidaba de dar pruebas de un especial favor á los *mitimaes*, y les concedia varias inmunidades y privilegios que mejoraban su condicion, y los reconciliaban en lo posible con su suerte (7).

Aunque las instituciones del Perú hayan sido modificadas y maduradas bajo la influencia de los soberanos sucesivos, todas llevan el sello del mismo original, todas están vaciadas en el mismo molde. Ensanchándose y fortaleciéndose el imperio en cada época sucesiva de su historia, no era en sus últimos dias mas que el desarrollo en escala mayor de lo que era en miniatura en sus principios, así como se dice que el germen que encierra la bellota contiene dentro de sí mismo todas las ramificaciones del futuro monarca de los bosques. Parecia que cada Inca sucesivo no aspiraba á mas que á seguir los pasos y á ejecutar los planes de su predecesor. Las grandes empresas que uno acometia, las continuaba otro, y les daba cima el que venia despues. Así, mientras que todos obraban ajustándose al mismo plan, sin ninguno de esos movimientos escéntricos ó retrógrados que indican la direccion de individuos diferentes, el Estado parecia ser regido constantemente por una sola mano, y proseguia magistralmente, como si fuese al traves de un reinado largo y único, su gran carrera de civilizacion y conquista.

El objeto final de sus instituciones era la tranquilidad doméstica; pero parecia que no les era lícito alcanzarlo sino por medio de guerras exteriores. Tranquilidad en el centro de la monarquia y guerra en sus fronteras: tal era la condicion del Perú. Por medio de esta guerra daba ocupacion á una parte de sus habitantes; y conquistando y civilizando á las bárbaras naciones que lo rodeaban, daba seguridad á todos. El soberano Inca, por pacífico y benévolo que fuese en su administracion interior, en la exterior era siempre guerrero y mandaba sus ejércitos en persona. Cada reinado sucesivo veia estenderse mas las fronteras del imperio. Año tras año volvia el victorioso monarca cargado de despojos, y seguido por una multitud de gefes tributarios á la capital. Su recibimiento en ella se asemejaba al de un triunfo romano. La poblacion salia en masa á victorear á su soberano, vestida con los pintorescos trajes de las diferentes provincias, llevando banderas que agita-

(5) «Trasmutaban de las tales provincias la cantidad de gente que de ella parecia convenir que saliese, á los cuales mandaban pasar á poblar otra tierra del temple y manera de donde salian, si fria fria, si caliente caliente, en donde les daban tierras, y campos, y casas, tanto y mas como dejaron.» Sarmiento, Rel., MS., cap. XIX.

(6) Ondegardo, Rel. prim., MS.

(7) Aun existen, ó existian á fines del siglo pasado, estos *mitimaes* en Quito, segun Velasco, distinguiéndose con este nombre del resto de la poblacion. Historia de Quito, tomo I, p. 175.

## CAPITULO III.

Religion del Perú.—Deidades.—Esplendor de los templos.—Solemnidades.—Virgenes del sol.—Casamientos.

ban en el aire, y cubriendo de flores el suelo que iba á pisar el vencedor. El Inca, llevado en su silla de oro en hombros de sus nobles, se adelantaba en procesion solemne, bajo los arcos triunfales que cubrian la carrera, al gran templo del Sol. Allí, sin comitiva, porque á todos menos al soberano estaba vedada la entrada en el sagrado recinto, el victorioso príncipe, despojado de sus insignias reales, descalzo y con la mayor humildad, se acercaba al temido santuario, y ofrecia sus sacrificios y elevaba el tributo de su gratitud á la deidad gloriosa que presidia al destino de los Incas. Terminada esta ceremonia, toda la poblacion se entregaba á las diversiones; oíanse la música, y los gritos de alegría, y los bailes por todos los ángulos de la capital; y las iluminaciones y las hogueras celebraban la campaña victoriosa del Inca y la agregacion de un nuevo territorio al imperio (1).

En estos regocijos se descubre en gran parte el carácter religioso que tenian; en realidad todas las guerras de los peruanos estaban marcadas con el sello religioso. La vida del Inca era una larga cruzada para estender el culto del Sol, para desarraigar en las naciones bárbaras las supersticiones embrutecedoras, é imponerles los beneficios de un buen gobierno. Tal era, segun la frase favorita de nuestro siglo, la *mision* del Inca. Tambien fue la *mision* del Conquistador cristiano que invadió el imperio de ese mismo potentado indio. La historia decidirá cuál de los dos cumplió mas fielmente con los deberes de su *mision*.

Sin embargo, los monarcas peruanos no manifestaban una impaciencia pueril por adquirir territorio. Se detenian despues de una campaña y dejaban tiempo para que se afianzase una conquista antes de emprender otra. En este intervalo se ocupaban en la pacífica administracion de su reino, y en esos largos viajes que los ponian en contacto mas inmediato con su pueblo. Durante este tiempo tambien sus nuevos vasallos habian empezado á amoldarse á las estrañas instituciones de sus amos. Empezaban á conocer las verdaderas ventajas de un gobierno que los ponía al abrigo de los males físicos que consigo trae un estado de barbarie, que les aseguraba la proteccion de la persona, y una absoluta participacion de todos los privilegios de que disfrutaban sus conquistadores, y á medida que se familiarizaban mas con las instituciones peculiares del país, la costumbre, esa segunda naturaleza, los adheria á esas instituciones con una fuerza que estaba en razon de su misma peculiaridad. Así, por grados, sin violencia, creció el gran edificio del imperio peruano, compuesto de numerosas tribus independientes y aun enemigas unas de otras; tribus que á pesar de esto y bajo la influencia de una religion comun, del mismo idioma y del mismo gobierno, se convirtieron en una sola nacion, animada por un comun espíritu de amor á sus instituciones y de fidelidad absoluta á su soberano. ¡Qué contraste entre esta condicion y la de la monarquia azteca en el vecino continente, que, compuesta de los mismos materiales heterogéneos, sin principio alguno interior de cohesion, solo se mantenía unida por el terrible lazo de la fuerza! En las siguientes páginas veremos por qué la monarquia peruana no tuvo mejor suerte que su rival en su lucha con la civilizacion europea.

(1) Sarmiento, Relacion, MS., cap. LV.—Garcilasso, Com. Real, parte I, libro III, capitulo XI—XVII; libro VI, capitulo XVI.

Es un hecho muy notable que muchas, si no todas las tribus salvajes que habitaban el vasto continente americano, por desfiguradas que estuviesen en otros puntos sus creencias por pueriles supersticiones, habian llegado á la sublime concepcion de un gran espíritu, del Creador del universo, que, inmaterial en su propia naturaleza, no debia ser ultrajado con ninguna imagen visible, y que, ocupando todo el espacio, no podia circunscribirse á las paredes de un templo. Pero estas elevadas ideas, tan superiores á los alcances ordinarios de la inteligencia cuando no tienen guía, no parece que les inspiraron las consecuencias prácticas que era de esperar; y pocas son las naciones americanas que manifestaron interes en la conservacion de un culto religioso, ó que encontraron en su fé un poderoso estímulo de accion.

Pero con los progresos de la civilizacion, se desarrollaron gradualmente ideas mas análogas á las de naciones civilizadas; destináronse amplios medios, é instituyóse un órden separado para el servicio de la religion, en que se desplegaba un ceremonial minucioso y magnífico, digno de compararse en muchas cosas con el de las naciones mas cultas de la cristiandad. Esto sucedia entre las naciones que habitaban las llanuras elevadas de la América del Norte, y entre los naturales de Bogotá, Quito, Perú y las demas regiones elevadas del continente del Sur. Sucedia, sobre todo entre los peruanos, que atribuian un origen divino á los fundadores de su imperio, cuyas leyes todas descansaban en una sancion divina, y cuyas instituciones domésticas y guerras estrañas tenian por objeto conservar y propagar su fé. La religion era la base de su política, la condicion misma, por decirlo así, de su existencia social. El gobierno de los Incas, en sus principios esenciales, era una verdadera teocracia.

Sin embargo, aunque la religion formaba una parte tan importante de las instituciones políticas del pueblo, su mitología, esto es, las leyendas tradicionales con que afectaban explicar los misterios del universo, era escesivamente mezquina y pueril. Apenas hay una de sus tradiciones, con la escepcion de la tradicion magnífica relativa á los fundadores de la dinastía real, que merezca atencion, ó que arroje mucha luz sobre sus propias antigüedades, ó sobre la historia primitiva del hombre. Entre las tradiciones de importancia hay una del diluvio, que les era comun con tantas otras naciones en todas las partes del mundo, y que referian con algunas circunstancias que se parecen á las de una leyenda mejicana (2).

Mas atencion merecen sus ideas sobre el estado futuro de nuestro ser. Creian en la existencia del alma despues de esta vida, y unian á esto la creencia de la resurreccion del cuerpo. Señalaban dos lugares distintos de residencia para los buenos y para los malos, y fijaban este último en el centro de la tierra. Creian que los buenos estaban destinados á pasar una vida deliciosa de tranquilidad y comodidad, en que se encerraban sus mas elevadas ideas de la felicidad humana. Los malos tendrian que expiar sus críme-

(2) Referian que despues del diluvio siete personas salieron de una cueva en que se habian librado de la muerte, y que estas volvieron á poblar la tierra. Una de las tradiciones de los mejicanos atribuía su origen y el de las tribus aliadas á siete personas que tambien salieron de otras tantas cuevas en Aztlá. (Conf. Acosta, lib. VI, cap. XIX; lib. VII, cap. II.—Ondegardo, Rel. prim., MS.) Referen la historia del diluvio diferentes autores con muchas variantes, en algunas de las cuales no es difícil describir las tendencias imitadoras del convertido al cristianismo.